

Limpieza bibliográfica

Hasta mi emboscado refugio llegan las imágenes de guerra, horror y estupidez. Es lo bueno de ver la tele: te impide engañarte acerca del mundo. Pero producen galbana, una pereza espesa, y, lo que es peor, un cansancio muy parecido a la indiferencia. Debe de ser eso lo que pretende tanta y tan fugaz información. Luego, claro, uno acaba por aproximarse a los libros con la mala conciencia del capitán que abandona un barco; espíritu de naufrago que, dicho sea de paso, será un mal de mi mucha edad más que de los tiempos. He leído, pues, poco y con una incómoda desgana. Se acostumbra uno a ver, casi sin pensar, tanta matanza en colores, tanta grosería ofrecida como diversión y concurso. Las guerras de ahora son fotogénicas; en ellas los guerreros ya no se miran a los ojos antes de medir sus fuerzas, como los héroes clásicos. Ahora los genios bélicos andan sobre moquetas, sonríen a la prensa y dibujan mapas. No es posible leer con fruición sabiendo que, a dos pasos, andan los hombres empe-

ñados
Otra
ción
mente

en limpiezas étnicas.
vez la misma can-
fúnebre. Nueva-
pagan los de



MIGUEL ÁNGEL PACHECO.

siempre: niños, ancianos y mujeres. Justamente los que inauguran un futuro, los que acumulan la experiencia y quienes dan la vida.

Y también le llega el turno a los libros. Son peligrosos, contienen la savia de un pueblo, la memoria colectiva, la voz de los que ya se han ido. Son los libros enemigos destacados de los destructores. Hay que matarlos también para acabar con su intemporal mensaje de humanidad. La biblioteca de Sarajevo, memoria del pueblo musulmán bosnio, ha sido derruida por las bombas y el fuego ultranacionalista serbio. De nuevo *Fahrenheit 451*. Ha sido una noticia más perdida entre tantas otras. Algo de todos se ha destruido. Las ruinas de la biblioteca de Sarajevo son un aviso. El fuego del fanatismo es una amenaza de la que nadie puede considerarse a salvo. Cuesta tomar un libro, disponerse a leer placidamente, cuando todo eso sucede en el centro mismo de Europa y, en consecuencia, sucede también en el corazón de mi bosque.

El Enano Saltarín.